

Si yo tuviese veinte años menos de los que tengo ahora, sería aquel que con veinte años menos se decía: si yo tuviese veinte años más de los que tengo ahora, no los tendría.  
Raúl Guerra Garrido, *Cuaderno secreto*



La *Girona* de Lombillo

## Introducción al viaje ~~í~~nterior

En la primavera de 1988... yo tenía veinte años menos y una hermosa melena. Quizás no era tan hermosa, el paso del tiempo embellece los recuerdos; pero donde había una mata de pelo, hoy pinta una calva rasa, esto sí es seguro. Lo dicen mis hijas con mucha risa y los niños no mienten, así pues, empezaré este libro riéndome de mí. Ríete de ti mismo y tendrás diversión toda tu vida. La aventura de 1988 acabó en un libro titulado *El Viaje del Vierzo*, cuya portada era un cubo de cenizas y una escoba, un escobajo de los que se hacían en casa de la tía Dorinda con un atado de ramas de escoba: ¿quién dio nombre a quién, la planta o la herramienta de barrer? Determiné en el título *El Viaje*, y algunos se mosquearon; pero cuando Ramón Carnicer lo presentó en Barcelona, lo encontró oportuno porque no era un viaje más, sino el mío, único y personal. Pusimos *Vierzo* con uve y tuvimos que explicar, durante diez años, con uve de burro, de bodoque y de badulaque. Algunos y algunas todavía no lo han entendido, pero basta con acercarse a la Peña de Congosto y ver allí, en el cuadro de la virgen, la mención a la provincia del Vierzo.

Lo de la persiana azul y el escobajo sobre una lata de cenizas molestó a algunos bercianos ortodoxos. ¡Vaya imagen: con la de cosas bonitas que tenemos! Quizás hubieran preferido la típica portada del castillo de Ponferrada, los arcos mozárabes de Peñalba, o alguna postalina al uso, ya se sabe. O la Virgen de la Encina en el esplendor de su camarín. Pero mi amigo y fotógrafo, por este orden, Anxo Cabada, tiene la manía de fotografiar imágenes raras, inusuales, provocadoras. Al alcalde comunista de Igüeña, Laudino, fumando un Montecristo del nº 1, con un retrato de Carlos Marx colgado en la pared y la senyera de España, España, España, al lado. O a la *Girona* de Lombillo, hermana de Girón, maquis, rojo, guerrillero, matando una gallina, con el gesto de dignidad de quien ha pasado miedo y hambre. Hambre y miedo.

Si nuestro libro, *El Viaje del Vierzo*, escandalizó a unos cuantos puristas bienpensantes, éste de 2009 escandalizará al resto de la ortodoxia local, aunque no sea mi propósito: el escándalo está en el ojo que mira y no en el libro que ves. Las fotos de Anxo no tienen piedad ni compasión. Nuestros caballos entraron a pastar en el claustro de Carracedo o en el patio de armas de Cornatel, porque en 1988 estaban tan abandonados como el día en que los dejaron atrás las tropas francesas, después de usar el monasterio como posada y cuadra, y de calentarse haciendo fogatas con los incunables de la biblioteca que admiró a Jovellanos. ¡Voilà, la grandeur de la France! De modo que, para tomarle el pulso a mi tierra y dar ejemplo a mis hijas, haciendo camino al andar, nos ponemos en marcha veinte años después con el decidido propósito de ahuyentar brujas y abrir ventanas: hay todavía un

Bierzo rancio, que huele a cura, que mete a la Deportiva, a la Morenica y al botillo en el mismo saco de las esencias.

## La mirada sincera de Enrique Gil

En nuestros pasos de 1988 y en los de ahora, nos han guiado tres antecedentes literarios de viajeros bercianos, Gil y Carrasco, Ramón Carnicer y Raúl Guerra, tres compañeros de viaje cuyos libros he llevado en la mochila.

Enrique Gil y Carrasco publicó en 1843 en el semanario *El Sol* su *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, que es su último contacto real con El Bierzo antes de partir hacia Berlín, de donde ya no regresó. El *Bosquejo* es el testamento berciano de Enrique Gil y conserva toda su sinceridad y frescura, y es modelo e inspiración de mis propios viajes porque, por encima de todo lo demás, Gil y Carrasco realiza un viaje interior, como el que ahora yo me propongo.

En efecto, Gil y Carrasco es deudor de la mirada de la Ilustración –viajeros como Borrow o Jovellanos- preocupados por la idea del progreso y críticos con la realidad que ven, como las ruinas y monumentos abandonados. Enrique Gil, que desaprobó la desamortización de Mendizábal, como su mentor Espronceda, cuando visita El Bierzo no escatima protestas y quejas ante el estado general de abandono del Bierzo. En mi viaje voy a seguir su ejemplo porque, ciento sesenta y seis años después, hemos avanzado... poquito. La mirada regeneracionista de Gil en sus crónicas por Francia y Alemania se vuelve aún más sensible cuando el destino es su propia patria, “el interior que figura en el título no es sólo geográfico, sino también el interior de lo propio, el interior del yo”. [Díaz Navarro]

En nuestro viaje al *corazón de las tinieblas*, comparto con Gil y Carrasco tres cosas: su viaje interior, su manía de observar –hace espeleología en Las Médulas, escala montañas, se invita a una boda maragata, participa en un filandón- y su protesta ilustrada, procurando entender el pasado de su tierra y proponer reflexiones y horizontes para un futuro mejor. Años después, otros dos ilustrados tardíos, José Castaño Posse y Ramón Carnicer, darán continuidad a esa pasión regeneracionista, laica, implacable con la desidia y el atraso, con el falso progreso, con las inercias y poderes establecidos. Ellos son los heterodoxos bercianos y viajan conmigo.

## La mirada libre de Ramón Carnicer

Mi segundo compañero de viaje es Ramón Carnicer, el ensayista berciano por excelencia, que en 1964 escandalizó a tirios y troyanos, berzotas y bercianos, con *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*. Lo he leído varias veces en la primera edición, algo ajada, que tenía mi padre en la biblioteca; digo tenía, porque se la he hurtado para llevarla conmigo de nuevo.

Carnicer recorrió La Cabrera a pie en el verano de 1962 y yo seguí sus pasos en compañía de Eulalia Prada, en julio de 1988. Durante una semana, hicimos su mismo itinerario, desde Quereño a La Baña, también a pie, sintiendo la contenida indignación de sus párrafos. Leyendo a don Ramón Carnicer –escribí entonces- uno aprende que no se viaja impunemente, no se viaja en vano. Es fácil desplazarse, ser llevado como una maleta de una a otra ciudad; fácil es, también, ser turista, retratarse frente a los palacios y catedrales y admirarse de lo blancos que son los pueblos blancos y lo pobres que viven las pobres gentes. Viajar es algo distinto. El escritor viajero lleva dentro de sí, acaso sin saberlo, un

En tiempo antiguo y difícil...



imperativo ético al que no puede sustraerse. Ni turista ni deportista, como exigía Risco, el peregrino camina en busca de sus raíces y halla en su tierra, inabarcable, todos los misterios del universo. *[Robinson en El Bierzo]*

**La Cabrera:** La etimología está clara, de la base “Capra”, sinónimo del prerromano “Bybey” (río Bibeí ya en Galicia), que menciona Plinio, equivalente a “cabra montés” y por ende, zona de cabras. Documentado desde 1075 primero aplicado a la comarca y más tarde al río.

Carnicer disecciona lo que ve con precisión de cirujano y deja las heridas al aire para que sanen, pero su relato provoca una tempestad. “Algunos cabreireses –escribe Carmen Busmayor- arremetieron contra el autor no sólo mediante el insulto, la descalificación o difamación, sino con el intento, por suerte fallido, de su procesamiento”. Los amigos le ofrecieron una cena de desagravio y solidaridad, promovida en 1965 por el periodista ponferradino Ignacio Fidalgo, a la que asistió el alcalde de Villafranca, José Fernández Villarejo, que fue cesado de inmediato. ¡Qué tiempos, señor Gobernador! Eran otros tiempos, sí, pero repara querido lector en que tuvieron que pasar treinta años hasta que Encinedo le hiciera hijo adoptivo, en 1995, y ha tenido que morir Carnicer –ahora ya no es peligroso- para que toda La Cabrera le rinda homenaje y le dedique una plaza en Quintanilla de Losada. A él, que amaba profundamente La Cabrera y cuyo libro fue un grito contra la miseria y el subdesarrollo. Aunque entonces le tacharon con lápiz rojo obispos y gobernadores y le llamaron de todo, “topo y cegato, frío y crudo, escéptico y tabernario, alma de piedra y alma de palo”, hoy sabemos que su visión era lúcida, visionaria, honesta y generosa.

Quiero seguir su ejemplo imprescindible y suscribo como propio el decálogo ético y estético de Ramón Carnicer: “Soy ciudadano del mundo. Me siento radicalmente ecologista y enemigo, por tanto, del progreso maquinero y de la esclavitud científica subordinada a tal progreso. Un hombre para mí es igual a otro hombre, sea cual sea su color y procedencia. Perdí la fe a los trece años, y lo digo sin jactancia, puesto que debe ser muy confortador tenerla. He procurado depurar mi lenguaje. He huido de moralizaciones y de preciosismos condenados a caducidad”.



Por su ejemplo y magisterio, y por su generosa amistad, he querido dedicar este libro que tienes en las manos a Ramón Carnicer de quien su delicado biógrafo, César Gavela, hace esta definitiva semblanza: “Carnicer fue berciano pero nada localista; leonés que detestaba el leonesismo paleta y regresivo; castellano por amor al idioma y a la tierra más cercana a León, con la que compartimos nueve siglos de historia unida. Ramón fue un español que amó a su patria, como lo pueblan sus libros sobre Extremadura, La Rioja o Castilla. Carnicer fue ciudadano del mundo, viajero incansable por los cinco continentes, profesor en Nueva York. Ramón fue un gran universitario, autor de muchos libros de filología; y, sobre todo, fue un hombre libre. Un hombre que jamás buscó el poder ni sus sectarias prebendas, que tanto benefician a algunos. Ramón vivió siempre como un ciudadano lúcido, cordial, enérgico y transparente. Dueño de un sentido del humor extraordinario, que era prueba de su inteligencia y de su compasión por el género humano. Ramón está vivo en muchas personas, y lo seguirá estando. Porque su ejemplo es intemporal y emocionante. Es un camino de amor por la palabra, por la vida, por la memoria, por la libertad”. *[Un año sin Ramón, Diario de León, 11-1-2009]*

## Los relojes de cristal de Montparnasse

*[De mi diario. París, 31 de diciembre de 2007]* Ésta es, de nuevo, la primera vez que estoy en París. La primera vez aquí y ahora. La primera vez con 49 años. La primera vez con Rosa. Siempre es la primera vez cada día de nuestra vida si los ojos tienen la mirada limpia, los oídos escuchan y el corazón se alegra. Todo es nuevo hoy para nosotros en París, bajo la lluvia. Incluso los besos son nuevos y distintos y saben a primera vez. Tomamos una pinta de Guinness en un pub irlandés cerca de Nôtre Dame y planeamos nuevos viajes: la India, México, Grecia. Esta Nochevieja cenaremos entre chipriotas en Los argonautas, en el barrio latino, para romper platos sobre nuestras cabezas y afirmar

más y más que el ser humano existe. De pronto, un mensaje de Miguel Varela desde Ponferrada me estremece: “Murió Carnicer”. Por mi silencio, Rosa sabe que es una mala noticia y que estoy llorando por dentro. Caminamos despacio en la noche fría de París hasta La Bastilla, símbolo de la libertad que tanto amaba Ramón y sobre las piedras que vieron la Revolución Francesa deposito un ramillete de flores improvisado en recuerdo de Ramón Carnicer, “un sujero de rara apariencia, un hombre alto, con bastón, mochila y sombrero ancho de segador, aunque no era segador”.

Mi pensamiento está en La Cabrera, pero la noche de san Silvestre nos arrastra hasta Montmartre, donde asistimos a una extraña procesión en torno a la vida y la muerte y al paso del tiempo. Las gentes del barrio llevan greñas, pieles, botas de cuero y vestidos prehistóricos, lanzas de palo, huesos calcinados, dinosaurios, carros de fuego. Preguntamos el motivo: “Es una manifestación de protesta contra el paso del tiempo”. Detener el tiempo es el sueño de René Clair en la película *París dormido*. “Una noche el tiempo se detenía y todo el mundo se quedaba petrificado. Por alguna misteriosa razón, sólo el vigilante nocturno de la torre Eiffel y los pasajeros de un avión que aterrizaba en la ciudad podían moverse y recorrer las silenciosas calles. Hugo pensó que le gustaría experimentar aquella sensación. Sin embargo, sabía que el tiempo seguiría su curso aunque se rompieran todos los relojes de la estación, por muchas ganas que tuviera de detenerlo. Y, en aquel momento, tenía verdaderamente muchas ganas”. [La invención de Hugo Cabret]

Igual que Hugo, el niño que vivía oculto entre los relojes de cristal de la estación de Montparnasse, yo quisiera detener el tiempo esta noche para que no nos arrebate a Ramón Carnicer. Detener el tiempo en tu mirada, Rosa. *París qui dort*.

## La mirada de Estrella Morente

Antes de partir, estuvimos meses dando vueltas al proyecto. Alguien propuso hacer *El Viaje del Vierzo II*, pero no había intención de repetir los pasos andados y nunca segundas partes fueron buenas, aunque la segunda del *Quijote* sea mejor que la primera. Julio Verne sugirió, por boca de Yolanda, *La vuelta al Bierzo en 30 días* e, incluso, *Cuatro semanas bercianas en globo*, pero la idea no prosperó. Pensamos en hacer un *Viaje al interior del Bierzo*, procurando indagar en las intimidades de personas y casas, pueblos y trabajos, vidas y costumbres, silencios y exilios, mucha intimidad a veces dolorosa o incómoda. Pero había algo más en nuestro propósito.

El verdadero viaje es una profunda revolución personal, un aprendizaje, un despertar de los sentidos y de las potencias del alma. De modo que en esta nueva caminata berciana, he ido también hacia mi interior. Lo comprendo ahora, meses después, cuando las notas y libretas acumuladas durante años, a orillas del Sil o del Amazonas, se ordenan y cobran vida propia, inspiradas por un mismo proyecto secretamente, desde el principio. “El único viaje verdadero –escribe Proust-, la única fuente de la Eterna Juventud, no consistiría en visitar nuevos paisajes, sino que sería tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de cientos de otros, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es”.

En cuanto a mi viaje interior, consciente o no, El Bierzo me ha acompañado a lo largo de toda mi vida allá donde llegué. Cuanto más lejos y más ausente, más berciano llegué a sentirme. En la plaza de Armas de Iquitos, Perú, encontré una enorme imagen de la *pulchra leonina* en el patio de la iglesia parroquial, porque el cura era un jesuita leonés y, de pronto, en el corazón del Amazonas, me sentí en casa. Y en estos mismos días, después de la subida a Catoute, he vuelto a sentirme en casa, en Tetuán.



[De mi diario, Tetuán, julio de 2008] Durante el viaje por El Bierzo he hecho un paréntesis breve e intenso, como un coito breve e intenso. Un compromiso profesional –un encuentro sobre los derechos de la mujer en el Mediterráneo- me trasplanta en pocas horas desde La Martina a Tánger. Llego al Instituto Cervantes de Tetuán cuando Carmen Romero toma la palabra para hablar de lo glocal y decir no a la guerra preventiva y sí al diálogo preventivo. Desconfía de la lengua de madera de los políticos y habla de la ley del malentendido de Lacan. “La palabra no es palabra hasta que el otro le concede su credibilidad”. Sentado entre diplomáticas tunecinas, egipcias, francesas, marroquíes, escucho el discurso de Carmen Romero, yendo y viniendo de lo local a lo global y de lo global a lo local y pienso en mi viaje berciano y anoto este palabro nuevo, “lo glocal”. También anoto otro pensamiento suyo: la democracia se forja en los grupos humanos más pequeños, en el municipio y en la familia.

Cuando proyectan mi documental *Linatakalam*, Carmen lo ve de pie, apoyada en una columna, sin perder detalle y al acabar me felicita con la mirada. Tras el coloquio, compartimos mesa en un ryad de la medina con Abdelhadi Tazi, Estrella Morente y la anfitriona, Karima Benäich. Se habla de los derechos de la mujer, de alianzas civilizadas y de la reina de Saba, que no tomaba ninguna decisión sin antes consultar a su pueblo. Y yo les hablo de un viaje que estoy haciendo con mis hijas por mi tierra. Como hizo Gil y Carrasco en Berlín mostrando un mapa al rey de Prusia, les explico dónde está El Bierzo, les muestro fotos de las andarinas y se maravillan con nuestras aventuras. Les hago prometer que vendrán algún día al Bierzo, a escuchar cómo cantan los ruiseñores de Villafranca, y me lo prometen, y sé que dicen la verdad los inmensos ojos verdes de Estrella Morente, el ruiseñor de la Alhambra.

De vuelta, me traigo para Ponferrada la alegría dibujada en la cara gitana de Estrella y cuando, de nuevo en la mesa glocal de La Martina, lo cuento en la tribu, alguien dice:

-Pero, ¿tú con quien estuviste? ¡Estrella Morente tiene los ojos color miel!

A qué niegas el delirio que tienes por mi persona. Os juro que aquella noche en la playa de Tetuán, la orilla del mar era un arco iris y Estrella tenía los ojos verdes. Y, como decía Lacan, serás tú, lector o lectora, quien conceda credibilidad a mi palabra.

Me gustaría que este viaje interior sea un itinerario de ida y vuelta, de lo local a lo global, y de lo global a lo local. En el comedor de Vikilandia, cenamos con rumanos, rusos y magrebíes que hacen trabajos de mantenimiento en Roldán o Endesa. La Martina es un microcosmos y todos somos cabovercianos. Del Bierzo al mundo, ancho y ajeno, y del mundo mundial a Rimor y San Román de Bembibre, a las casas de las abuelas, al barrio de Ave María y el camino negro de La Minero, al corazón de la infancia. Esa mirada glocal me ha permitido sentir El Bierzo y llevarlo conmigo en cualquier rincón del mundo y, a la vez, entender la médula local del Bierzo como un tesoro universal. Así pues, querido paseante de las letras que te dispones a hacer el viaje con nosotros, lo dejamos sí o sí en *Viaje interior por la provincia del Bierzo*, o Vierzo, como se escribía en 1833, cuando nuestra comarca fue la provincia de Villafranca. Una provincia efímera, por la que nunca llegó a pasar la Revolución Francesa.